AÑO XXVIII. — Nº 1392.

EL DIA

MONTEVIDEO, SETIEMBRE 20 DE 1959.

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932

BLANCA SAMONATI DE PARODI.

Relevante personalidad del magisterio, al que dio los dones de su inteligencia privilegiada, llevada por una profunda vocación escolar, su paso por el aula ha dejado la poderosa señal de su talento, de sus iniciativas, y de su enseñanza, alentada toda su actividad por el fervor democrático.

En plena tarea, el obrero deshace la linda casa vieja, para dar paso a otro concepto de la vivienda ciudadana.

SE VAN LAS CASAS...

OIMOS decir y todos decimos con frecuencia, "mi época", "mi tiempo". ¿Qué tiempo, qué época? Pues, éstos, los de ahora, el presente de cada ser, el tramo que se cierra con uno mismo. Cada cual pone la marca de su tránsito en un calendario propio, y los altibajos de las circunstancias van puntuándolo como un mapa donde se inscriben —y sí lo son— las batallas cotidianas. Mucho ve quien se detenga a mirar los síntomas de *su tiempo*, y hallará complacencia a veces, pero las más, alarma y desconcierto, al sentir que es testigo de un orden que se desmorona, y que perderá pie si no sabe adaptarse a una realidad flamante para la que no están aún los nervios bien templados.

Porque cuando vamos perdiendo de a pedazos, cosas incorporadas afectivamente al vivir común, no es fácil sustituirlas con los esquemas prefabricados que se nos ofrecen. Y esto que nos duele en nuestra juventud, ¡cómo ha de ser de amargo y constituir sin duda la gran nostalgia y desubicación de los viejos, empecinados en sumirse en un ayer que sobrevive en ellos!

En nuestras incursiones curiosas por el pasado montevideano, hemos ido tomando el pulso a esa paulatina transformación de la ciudad aldeana en ciudad adulta, y en ésta no se reconocen los rasgos de la otra, atisbada, es cierto, en fotos, libros y relatos ajenos. Otro rostro equivale a otra alma, en este caso. Y el crecimiento intenso, la fiebre, la premura de modernizarse, están configurando un Montevideo distinto, que en los últimos años culmina la mutación de su fisonomía al erizarse de paralelepípedos con aberturas, en los que habitan seres humanos.

Porque se van las casas. Todo terreno aprovechable sirve de base al más o menos rascacielo que produce buena renta y tiene portero eléctrico y quemador de basura y pocos dormitorios porque ya no se estila la prole numerosa y muchas ventanas para mirar hacia afuera porque no hay mucho que ver hacia adentro, y mucha luz porque la penumbra tibia quizás despertase —qué horror— el deseo de permanecer en casa. "En casa". Bueno, digamos, "allí", porque ya no van quedando muchas casas, de esas de piezas grandes y mal iluminadas, de techos altísimos y paredes sólidas que aguantaban con gallardía el desfile de varias generaciones y donde podían colgarse grandes cuadros y espejos de Venecia sin temer que el largo clavo asomase por la pared del vecino. Vamos, esas casas matroniles, en medio de un jardín que invitaba a deambular soñando, y en las que se asentaba el recuerdo del mismo modo que en las cómodas se apilaban encajes que olían a lavanda. Lo dice con voz melancólica Clara Silva, en un poema feliz de reminiscencias: *"Rumores de las hojas,/ duendes de terciopelo,/ habitan la viudez de sus celosías./ El aire recogido en las cenefas/ guarda una voz callada:/ las rutas de un moaré desvanecido/ se pierden en las pálidas alfombras;/ el nácar de sus bodas envejece/ en un álbum cerrado;/ y una fábula ajada sobrevive/ en el paisaje absorto de un espejo."*

Casas con rincones sombrosos, con humedades, con sótanos que guardaban baúles empolvados; casas con espacios mal aprovechados, diría un arquitecto actual, pero que sabían aprovechar tan bien los niños en sus juegos y los novios en sus coloquios; casas con rincones, con recovecos, con telarañas, fascinantes de cachivaches, gloriosas de enredaderas, casas de los abuelos, casas con mecedoras de Viena, y mesas con carpetas de felpa, y jarrones ventrudos contra los ventanales, casas donde los muebles coloniales quedaban holgados donde los retratos de familia estaban en familia, casas atiborradas de preciosas cosas inútiles, ñoñas, conmovedoras, casas que sobrecogían un poco por la noche, llenas de sombras intimidantes, de corredores y corrientes de aire, maravillosas casas incómodas, inolvidable casona vieja donde nacimos... Todo esto disparo vertiginosamente, cede lugar al paradójico edificio vertical que se llama de propiedad horizontal, todo esto se va sin remedio. Estamos asistiendo a la destrucción de un aspecto edilicio característico, que involucraba otro estilo vital, otro ritmo y otro criterio de la convivencia.

"Hijo de casa grande", decíase como sinónimo de alguien nacido en cuna respetable. ¿Cómo suena decir "hijo de propiedad horizontal"? Hace sonreír, ¿no es cierto? Y sin embargo los nuevos niños —oh, en número limitado por piso, sin duda, aunque el contrato no lo estipule— no conocerán nunca el gozo de aquellas infancias que transcurrían en el recinto de las quintas que brindaban todas las posibilidades a la imaginación, de los árboles con ramas que se volvían columpio, de los frutales generosos para la gula cándida del charco donde era un júbilo chapalear porque lo habían prohibido terminantemente, del territorio ilimitado para las correrías, seguidos de perros amistosos y retozones como los mismos niños. Todo esto no cabe en los "dos dormitorios y living-comedor". Todo esto no cabe en ese retacito de suelo o techo —según desde donde se mire— pagado a precio de oro. Todo esto no cabe, como no cabe la gran consola maciza o los armarios victorianos o los enormes aparadores que debían guardar vajilla para muchos comensales, cuando se comía a hora fija, regida por el reloj de pie en forma de sarcófago, adefesio estimado que todos acataban —porque ser puntuales era igualmente un hábito de los que iban a caer en desuso—, en una larga mesa presidida con solemnidad por el dueño de casa. Pensamos que el habitáculo, celda, departamento moderno, si tiene ventajas, tiene peligros, y uno de ellos es romper la calidez familiar. La célula reducida a las necesidades indispensables, invita a salir, a irse. Reclama un mobiliario elegante, vistoso, liviano, mudable; nada que dé la sensación de definitivo que daban las mansiones amplias. Un mobiliario fácil de transportar, que no duela vender en caso necesario, que no se incorpore sentimentalmente. Esos muebles que no soportarían dos generaciones, que por muy modernos pasan de moda en seguida, no tienen por objeto durar, sino decorar. Concepto "decorativo", exterior, de la existencia, también. Por otra parte, no es fácil encariñarse con un ropero embutido en la pared, o con una silla de paja en forma de cono. Pero, en cambio, ¿quién nos induciría a desprendernos de ciertos sillones que tienen siglo y medio y alguna polilla, o de la caja de música que no daríamos por el más costoso televisor?

Nos llevan las casas. En Pocitos y en el Prado se nota más claro el mal. Cada día, al salir, advertimos el cartel siniestro, la palabra que certifica su inmediata defunción: "Demoliciones". Y allá va, entre los escombros, una tradición más que se viene abajo. Así se derrumban las memorias. Entre cascotes y tirantes de hierro, se sepulta aquel señorío de buen tono de nuestros mayores. A golpe de piqueta, destruyendo para construir encima un edificio impersonal y colectivo. Tan originales quieren ser, que todos se parecen. Bien entendido, no predicamos lo inmutable, no abogamos por una adhesión incondicional y pasatista. Subrayamos tan sólo la reiterada consumación de un hecho que nos lleva a meditar sobre el enfrentamiento de pasado y futuro, de lo antiguo y lo nuevo; y si lo nuevo es mejor que lo antiguo, bienvenido; mas si sólo sirve para depojarnos de algo, para añadir una añoranza, salimos defraudados y el saldo del cotejo arroja pérdidas.

Estas anotaciones no tienen otra finalidad que el desahogo emotivo, especie de treno o de réquiem en forma de crónica, por un pasado que se extingue. Por todas aquellas casas derruídas de las que han emigrado —¿a dónde?— los duendes domésticos, las presencias invisibles que a lo largo de los años, como el polvo, se aquietan en los rincones; por aquellas verjas individualistas con monogramas historiados vendidas como hierro viejo; por tanto trasto venerable que fue al remate; por la irrescatable gracia de la hora romántica. Por el soplo de melancolía que nos roza.

Porque presentimos que a medida que corra el tiempo, ya no quedarán casas ni fantasmas que heredar.

Dora Isella RUSSELL.

(Especial para EL DIA.)

La casa a medio demoler conserva todavía algo de su vieja prestancia. ¿Dónde estarán los fantasmas familiares que desterró la piqueta?

A través de la antigua puerta, las paredes desnudas y los escombros, representan otra tradición que se viene abajo.

LA JUBILACION DEL SEÑOR JOSE A. CAPOZZOLI

AL término de su mandato como presidente del Directorio de la Caja de Jubilaciones y Pensiones Civiles y Escolares, que había ejercido en períodos consecutivos desde 1948, y de ocupar otros cargos administrativos o electivos de alta responsabilidad, como el de Representante Nacional y Vocal de la Administración Nacional de Puertos, acaba de acogerse a un bien ganado retiro el Químico-Farmacéutico señor José A. Capozzoli.

El hecho nos da oportunidad para recordar que su desempeño, largo y fecundo, en la función pública estuvo siempre inspirado en los principios que son razón de existencia y fuente de prestigio popular del partido político al que este ciudadano ha entregado, durante medio siglo, su comunicativo entusiasmo cívico, una inquebrantable lealtad y el aporte de su inteligencia nunca apartada del más sano idealismo. De ahí su triunfo en una gestión de gobierno que no siempre fue remunerada, pues con anterioridad a 1931 sólo había desempeñado cargos honorarios, como el de secretario del sector Punta Carreta de la Comisión Nacional de Educación Física, miembro del Jurado Popular, Diputado Departamental de Montevideo, vocal de la Junta Electoral de esta capital, etc.

Por ello, también, esta breve nota no puede eludir el aspecto político al referirse a la gestión oficial de don José A. Capozzoli, pues podría decirse que para él el Batllismo está íntimamente consustanciado con su naturaleza moral, lo lleva tanto en su temperamento como en el campo de sus voliciones intelectivas. Expresado de otro modo, la actuación pública y privada de Capozzoli ha estado siempre impulsada por un profundo sentido social, expandiéndose en proyecciones de admirable solidaridad con sus semejantes. Instalado con farmacia en su querido barrio de Punta Carreta desde principios del siglo, en una época en que la zona estaba apenas poblada y los servicios municipales, como la pavimentación y el alumbrado eran teóricos, su auxilio a los necesitados no se limitaba a administrar los remedios demandados por la enfermedad, muchas veces despachados sin perspectivas de cobro. Eso no bastaba. Se le llamaba a las casas como a un médico, para suplir al médico inexistente en el barrio o fuera del alcance de las posibilidades económicas de los pacientes. Y allá iba Capozzoli, a veces en terribles noches de invierno, por caminos intransitables, no a sustituir al médico en su capacidad científica, pero sí en aquel otro aspecto imponderable que suele valer tanto como la medicación misma, que es la voz de aliento, el consejo oportuno, la cálida mano del amigo.

José A. Capozzoli.

Fuera de su actividad profesional, interpretada con el sentimiento humanitario que hemos señalado, don José A. Capozzoli no ha sido ajeno a ninguna de las gestiones realizadas para llevar a Punta Carreta al grado de belleza edilicia y de progreso social que hoy conocemos.

No es extraño que un hombre dotado de estos valores cívicos, al retirarse de su carrera administrativa, haya sido despedido con emotivas demostraciones de afecto por los que fueron sus compañeros de gestión y colaboradores. Uno de éstos, hablando en nombre del personal en el acto de transmisión del mando, el 17 de julio último, hizo un encendido elogio de la actuación del señor Capozzoli al frente del Instituto, subrayando que aunque no militaba en el mismo campo de su ideología política, cumplía con un deber de conciencia al interpretar el sentir unánime de sus compañeros de tarea y el suyo propio.

En esta forma dignificante se ha clausurado una etapa de las múltiples actividades de este compañero y amigo cuyas arraigadas convicciones democráticas —nos faltaba dejar esta constancia— fueron puestas a dura prueba en días sombríos para la República, sin que las persecuciones de que lo hizo víctima la dictadura lograran quebrantar su fe en los destinos de su Partido.

BLANCA SAMONATI DE PARODI:

UNA VOCACION, UNA CARRERA EXCEPCIONAL, UNA MUJER DE TEMPLE

"LA escuela pública es la base de la democracia". Esa afirmación, más que palabras, es un credo: el de Blanca Samonati de Parodi. Es el que guiara su camino durante su vida. En realidad, formó parte de su vida, lo mismo que su familia. La escuela y el hogar: sus dos grandes amores. A los dos, les brindó su devoción y su cariño. Hoy le queda uno solo: la familia. La escuela, tan cerca aún, pertenece ya sin embargo al pasado. Mas no su obra, mas no su nombre: siempre serán recordados en la historia del magisterio.

Cuando la joven Blanca inició sus primeros pasos de maestra, como ayudante de 1º y 2º grado en escuelas de Montevideo, nadie, ni ella misma, podía prever que este modesto cargo sería el principio de una carrera excepcional donde no faltaron ni los honores, ni las alabanzas, y esencialmente el éxito. Aunque para ella la palabra "éxito" tuvo un sentido distinto al que le dan muchas personas. El éxito fue para ella el hecho de realizarse a sí mismo y como tal, ver como su obra daba frutos.

Si Blanca Samonati eligió la profesión de maestra, no fue por casualidad. Lo hizo porque tenía vocación. Salida de una familia de maestros, hermana de un maestro, estaba embebida de principios de educación y de enseñanza, cuando aún no estaba en edad de comprender su alcance.

Asimilarlos, quererlos y hacerlos suyos más tarde, fue todo uno.

Después de aquel puesto de ayudante, su carrera montó en flecha: nunca descendió después.

Fue sucesivamente Directora de la Escuela de 2º Grado, Nº 22, Italia; Directora del Curso Nocturno Nº 14 5, 22, Subdirectora de los Institutos María Stagnero de Munar, Joaquín R. Sánchez, Directora de la Escuela de Práctica Chile, Inspectora de las escuelas de Práctica de Montevideo, Catedrática de Pedagogía de 2º Grado en los Institutos Normales y finalmente Consejera de Enseñanza Primaria y Normal durante dos períodos.

Realizó dos viajes oficiales obtenidos por la beca Gallinal. El primero, por toda América Latina, para estudiar la preparación de los maestros en América y la lucha contra el analfabetismo. El segundo, fue a los Estados Unidos donde participó en un Seminario de Educación Vocacional en Maryland.

Esos viajes fueron importantes para ella. Comprobó en primer lugar que la escuela uruguaya era una de las más adelantadas de América y que la preparación de sus maestros era una de las más completas del mundo. En segundo término le sirvieron de inspiración para sus propias iniciativas.

Un primer proyecto, presentado por ella fue aceptado y puesto en vigor. Fue el plan de estudios magisteriales que se sigue actualmente en el Uruguay: 4 años de estudios después de Secundaria: uno de preparatorios y tres, de preparación profesional. La carrera magisterial se jerarquizó así y el Instituto Normal tomó de ese modo carácter de Facultad. Dentro del mismo plan de estudios se incluyen también las especializaciones de los post-graduados: jardineras, niños con problemas de aprendizaje, etc. Este plan mañana será superado cuando se modifique el programa de 2º grado hoy completamente anticuado, así como habrá que dar al maestro una formación más amplia que lo facultará para ocupar cargos superiores, en concordancia con las nuevas ideas científicas, sociales y pedagógicas de la hora actual.

La escuela, en nuestros días, ha dejado de ser solamente ese lugar donde iban los niños a pasar unas horas diarias para aprender a leer y a escribir. Además de ser un centro de enseñanza, en la actualidad tiene una inmensa proyección social y cultural y reune en su seno y alrededor del maestro, a las familias de los alumnos. Blanca Samonati de Parodi, conoció así en sus viajes el sistema de los Núcleos Escolares, que es la agrupación, en la campaña, de un conjunto de escuelas próximas bajo la dirección de una escuela madre. En nuestro país, donde existía el Núcleo Piloto de Cerro Largo, gracias a la iniciativa de la señora de Parodi se creó otro en la zona de San Pedro en el departamento de Colonia que presenta características distintas, pero que tiende hacia la misma finalidad: agrupar los alumnos y sus padres alrededor de la escuela y del maestro y trabajar y divertirse en común, lo que evita al maestro ese aislamiento que esteriliza su vida en la campaña. Antes de retirarse del ejercicio de su profesión, la señora de Parodi presentó aun un proyecto al Consejo para dar realidad a la vieja aspiración de Vaz Ferreira, de crear parques escolares para los niños de la ciudad, plan que si en la época del eminente educacionista era necesario, hoy, con la aglomeración cada vez mayor de la gente, lo reducido de los lugares de expansión, se hace indispensable llevar los niños a respirar aire fresco, a correr, a jugar, fuera del recinto de la ciudad.

Con esos fines, el Consejo de Enseñanza hizo gestiones para establecer un parque en el predio de la escuela del Polo Club de Carrasco, para lo cual el Concejo Departamental accede dar las hectáreas necesarias para llevar a cabo el proyecto.

En toda América existe un afán inmenso por difundir la cultura que debe proveer de un cimiento sólido a sus democracias.

En el Uruguay, José Pedro Varela al dar a la escuela sus principios de *universalidad, obligatoriedad, laicidad y gratuidad*, la llevó a ocupar un lugar señero entre las demás, principios que amplió José Batlle y Ordóñez al hacer que la Universidad estuviera al alcance de todo el mundo. Nuestro país es así uno de los pocos donde la enseñanza, desde el jardín de infantes, hasta el último año de Facultad, está al alcance de todos en forma gratuita.

"Espero, dice la señora de Parodi, que la marcha de nuestra escuela siga siendo ascensorial para poder responder siempre a esa denominación que se nos da en todo el continente de: "Atenas de América".

Hoy, la señora de Parodi vive retirada de las actividades profesionales, ya que su jubilación está iniciada, lo cual es de lamentar, puesto que por su trabajo, su experiencia, así como su espíritu de iniciativa, el retirarse significa una gran pérdida para el magisterio.

Las personas que como Blanca Samonati de Parodi nacieron para la lucha, no deberían retirarse en plena posesión de sus capacidades físicas y materiales, en la mitad de la trayectoria realizada: queda mucho por hacer aún en la Escuela Uruguaya. Justo y lógico sería que ella siguiera su obra. Para el bien de la democracia de nuestro país, de los niños y de la educación de un pueblo futuro.

Eso en lo que a su trabajo se refiere. Otra actividad de la señora de Parodi ha sido la política. Fue siempre una fervorosa luchadora batllista e integró las autoridades del partido; intervino en las luchas cívicas y fue candidata a puestos electivos de responsabilidad.

Pero uno de los grandes méritos, de Blanca, fue haber sabido conservar, durante toda su vida de lucha, una cualidad primordial: su exquisita femineidad. La mujer marchó siempre de par con la maestra y la política, y ni la escuela ni las tribunas le hicieron olvidar que lo era.

G. M.

(Especial para EL DIA.)

Director y profesores del Liceo en 1914 (al 2º año de su fundación). De izquierda a derecha, sentados: Máximo Chapuis, Carlos de Jovellanos (Director) y Dr. Juan Luis Pereyra. De pie: Dr. Napoleón D. Cenandez, Farm. Miguel Mármora, Bonifacio Albo, Farm. Héctor O. Cutinella. Aunque parezca mentira, estas caras eran mucho menos serias que aquellas de la época de la seriedad que se menta en esta nota.

Recuerdos de Treinta y Tres

LAS FIESTAS ESTUDIANTILES

CONTARLO es una cosa; haberlo visto, otra muy distinta. El problema es contarlo de tal modo, que alguien pueda creerlo.

Yo empiezo por confesar que nunca vi ni creo jamás llegar a ver algo parecido en la materia; medio parecido, nada más. También confieso que la primera vez que lo vi —poco tiempo después de mi llegada al pueblo— creí soñar. Tal fue mi asombro de gurí recién caído al pueblo —según algunos, bien "caído"— moldeado a la prehistórica moda de comer y divertirse, con cuidado de no comer ni divertirse al extremo de que alguien pueda después salir charlando que uno fue a comer y a divertirse. Asombro del que empecé a salir gracias a un chorro de soda que casi me saca un ojo por la nuca; asombro del que terminé de salir en cuatro pies, "escurriéndole el bulto" a un caracú de novillo que me pasó zumbando por la cabeza.

Cuando en las vacaciones inmediatas les conté allá afuera a mis padres éstas y otras anecdotitas como éstas, casi cambia el destino de mi vida. A estas horas andaría aventando sementera, arreando bichos o golpeando fierros, según el orden de mis vocaciones por entonces. Me escapé de que me sacaran del liceo, "por uno de estos casuales". Y el "casual" fue que mis viejos, con toda la alarma que mis cuentitos les causaran, ya tenían alguna referencia sobre cómo "se las gastaban" los muchachos del gremio en "asunto parrandas". Referencias que ellos dos después confirmaron con creces, ya que no en vano "afiliaron" ocho socios al "gremio", cuyos sucesivos "bautizos" acabarían por familiarizarlos con las características poco comunes de aquella bárbara explosión *setembrina* que tenía el nombre de Fiesta *Estudiantil*. Al subrayarse esas dos palabras: "setembrina" y "estudiantil", queda despejada la incógnita de toda la ecuación. Y a flor de tierra, la raíz de aquella rara planta treintaitresina.

La cosa empezaba a tomar color, a los pocos días de abrirse las clases. Inocentemente empezaba. Con una elección revestida de todos los caracteres de importante acto cívico-democrático, que daba por resultado una Comisión Directiva cuyos candidatos habían desplegado y agitado por patio y salones del liceo, las más diversas banderas reivindicatorias. Pero quien más quien menos de ellos y de ellas habían dado inequívocas pruebas de bailarines, "pechadores" y —desde luego— amigos del 21 de setiembre, cosa esta última, que demostraban por su amistad con... todos los demás feriados. Claro que los primeros meses la Comisión organizaba alguna huelga (aunque fuera por un día sandwiche si no había otro motivo), le "leía la cartilla" a algún profesor "desaforado", efectuaba algún acto cultural, compraba algún libro para la biblioteca de la APAL.

Pero no mal "picaba" julio, empezaba a definirse entre los directivos una marcada preocupación por reunir fondos. La primera medida que se tomaba era la de organizar la cobranza por clases. Mas, los veinticinco centésimos —excepcionalmente cincuenta— que entonces pagábamos por cabeza, no alcanzaban ni para media misa. Porque aquellas mismas cabezas que en los tres meses de cobranza venían a pagar en total setenta y cinco centésimos, o en el mejor de los casos un peso con cincuenta, el día del gran acontecimiento comían, bebían, desperdiciaban y estropeaban por valores tres, cuatro, cinco y hasta diez veces superiores al de la esmirriada contribución. Agréguense las cabezas invitadas especialmente, las que se invitaban por cuenta propia, los jefes y jefas de familia estudiantil etc., etc.

Ya en agosto estaba incorporado el personal docente con director y todo, a la lista de los cooperadores. También en agosto, tenía lugar una fiestita que se desarrollaba en el Centro Progreso o en la Intendencia Municipal. Se le llamaba 'aperitivo danzante", pero no solía ser ni muy aperitivo ni muy danzante. Pues como era destinada totalmente a reforzar el rubro fundamental, la consigna era sacarle todo lo que diera. Y la consigna se cumplía mediante la despiadada inflación del precio de la entrada y la respectiva deflación del de los ingredientes que daban nombre a la reunión. Beberaje y acompañamiento suaves, y música baratita. Lo cierto es que todo el mundo se divertía. Y lo más importante: ingresaba directamente desde allí, una partida entera —sin que la paradoja le disminuyera un vintén— a la "Caja Departamental de Ahorros, Pechadas y otros Items, Pro Fiesta Universal de los Estudiantes de Treinta y Tres".

Y llegaba setiembre. Llegaba y se metía en aquel liceo, como llegaba y se metía en todos lados. Con la fuerza y el escándalo de un turbión. Para contener los desbordes allí de aquel turbión, en su tiempo se hicieron petisos Cutinella desde la Dirección y Juárez desde la Portería, en tanto se volvía un fakir en la Bedelía Lindolfo Acosta.

Se producía un rebrotamiento general y particular, que seguramente comenzaba en el salón de Historia Natural (Biología, Zoología y Botánica), pero que en seguida se expandía por todos los ámbitos, a través de algo así como un élam contagioso que lo podía todo. Con decir que en las clases de Física y Química los mismos experimentos empezaban a salir exactos. En las de Francés se leían y traducían hasta las intenciones. El salón de Dibujo coloreaba de flores y cachetes primaverales. Vibraban hasta a veces estallar, los salones de Canto. Chisporroteaban los de Literatura; ardían en llama los de Filosofía. En fin, las mismas Matemáticas parecían una delicia; la Historia se transformaba en una fácil batalla; la Geografía en un viaje por zonas encantadoramente templadas, casi tibias...

En bancos, árboles y paredes, comenzaban a menudear resplandecientes los "ideales", "dedicatorias amorosas con contestación paga". Florecían el naranjo y los nísperos. Todo florecía. Mudaban de voz los de primero; empezaban a afeitarse los de segundo; hacían versos los de tercero; se paseaban con aire de profesionales montevideanos los de cuarto. Y brillaba el sol en la arenisca del patio.

Pero junto a esas y otras muchas virtudes que traía la tibieza de aquel sol de setiembre, había una que merece tratamiento diferencial: se trata de una especie de fraternidad total y generalizadora, que rebasaba el alma y se desperramaba por el rostro de todo el mundo. De ella seguramente era hija aquella tolerancia que venía desde "arriba" y que se hacía sentir como una especie de lubricante en las relaciones entre "patrones y obreros", al punto de llegar hasta a cambiarle la cara a algún "Deficiente" y a pasar por alto más de una "rabona".

De aquella madre fraternidad y de su hija esta tolerancia, usaban y abusaban los de la Comisión. Y no vamos a negar que haya usado y abusado algún otro que no tuviera nada que ver con la Comisión, aun que sí y mucho con alguna "torteada"... y compañía.

Del primero al veinte, se extendía a todo lo largo, la etapa llamada de la "pechada limpia". A veces llegaba hasta las primeras horas de la mañana del propio veintiuno. Se designaban las sub comisiones, se dividía la ciudad en cuatro o cinco pedazos y se lanzaba cada grupo a la calle, a exprimir el pedazo que le había tocado. Y exprimir, se le exprimía hasta la última gota. Plata, útiles de comida, transporte, especies de boca; desde pan a garbanzos; desde huevos a corderos. "Caían en la volteada" bolicheros, verduleros, profesionales, hacendados, todo. En la casa que elegíamos para depósito de la colecta, tan pronto se andaba tropezando con una collera de cebollas, como podía escucharse el cacareo de una gallina.

Intendencia Municipal, Jefatura de Policía, Inspección de Escuelas y demás dependencias públicas, aportaban vehículos y personal. El Cuartel, desde la banda completa, hasta el menaje, incluyendo cuatro o cinco tachos con capacidad para cientos de litros.

Los últimos tres o cuatro días, la actividad rebasaba los límites de la ciudad. Entonces por los seis caminos que le salían (y le llegaban), se perdían campo afuera los camiones conduciendo a los buscadores de carne para la fiesta, manejados por Margarito de la Intendencia, Fonseca de la Inspección de Escuelas, algún estudiante, padres. Salía uno rumbo a la quinta sección, por el Yerbal; otro por el Olimar hacia la séptima; otro para la primera sub-urbana

Inolvidable fiesta estudiantil del año 1936. Parte del conjunto que bailó el "Pericón", al mando de Alejo T. Gorosito.

por el camino de Los Membrillos; un cuarto hacia la segunda por la carretera a La Charqueada y dos hacia la cuarta por los caminos de La Cuchilla y de Abajo. Volvían al otro o a los dos días, cada cual con su cosecha: corderos, pavos, gallinas y hasta alguna oveja vieja. Cosas inolvidables eran estas salidas en busca de carne. Inolvidables por lo trabajosas se sacaban "peludos" se comía y se dormía por ahí, se recogían amigos... y enemigos... (La pechada es planta con frutos de sabores contradictorios: hay quien da sonriendo y quien niega insultando).

Día terrible era el veinte. Tenía que quedar todo listo para el siguiente. Quedaba, pero allá por las dos o tres de la madrugada.

Y asomaba el glorioso veintiuno de setiembre. Glorioso sobre todo, si entraba tras un sol radiante, por el camino despejado de un cielo azul. Pero si amanecía nublado, también era glorioso. Y si llovía a raudales... glorioso igual. ¿Cómo no iba a serlo, si era nuestro día! ¿Cómo no iba a serlo, si estaba todo pronto para la fiesta universal; para aquella conmoción unánime con que se anunciaba, gracias a nosotros, la Primavera!...

Desde las cinco de la mañana andaban los camiones acarreando enseres y provisiones para la vieja estancia de Hontou, bajo cuyas arboledas transcurrían aquellas escasas y chiquitas horas de alegría. A las siete ya andaban trabajando los asadores, al mando de aquel viejo tan "bigoteado" como macanudo, campeón de los fogones, las grandes churrasqueadas, el buen mate amargo, y la buena prosa y... la buena caña, que era don Luis Echenique. En menos de "poco rato" estaba la enorme fogata cercada de costillares y grandes tachos.

A las ocho, la plaza 19 de abril hervía de muchachos, cohetes, gritos y carcajadas. Los camiones iban desagotando aquel hervor hasta llevárselo todo camino de la estancia. Daba lástima mirar para atrás y ver la tristeza del pueblo vacío. Y ganas de acompañarle el sentimiento a cuanto infeliz viviente o no viviente se quedaba allí.

A eso de las diez —salvo alguna "importante excepción"— ya había llegado toda la concurrencia. A lo largo de los amplios paseos lunareaban las ruedas y las rueditas de gente jugando, conversando, tomando mate o aperitivo, merendando. Por aquí y por allá se disputaban partidos de fútbol, básketbol, volleybol, tenis, sapo, tejo, lucha, etc. Más por allá que por aquí, se deslizaban las parejas al abriguito de los grandes árboles y al "descuidón" de las viejas entretenidas con el mate dulce y el "cotorreo". "Gurruminas" de gurises correteando por entre la gente, trepándose por árboles y paredes, robando empanadas, enredándose en cuanta pierna se estiraba un poquito, volcando botellas y tarritos de azúcar. Por allá un par de viejos duros de almidón y plancha, comentando "el relajo de los tiempos de ahora". En el centro, el fogón echando humo de todos los olores y colores. Y a pocos metros, la gran pista de baile, ya funcionando con alguna victrolita, acordeón o guitarra mientras no llegaba la banda. Todo el mundo entretenido y divirtiéndose.

Lo que más nos conmovía era la alegría y la comunicatividad de los profesores. Para nosotros entonces, no había en todo el departamento —desde la Cuchilla Grande a la Laguna Merín y desde el Río Tacuarí al Arroyo Corrales— nada más serio que un profesor. Serio, por la seriedad que naturalmente tuviera a flor de piel; pero serio fundamentalmente por la seriedad en potencia que le asignábamos por nuestra propia cuenta. Claro, era una asignación gratuita, que en la mayoría de los casos tenía más que ver con el examen que con los merecimientos del favorecido. Mas, fuera por lo que fuera, un profesor era "asunto pero muy serio" para nosotros por entonces. De modo que verlo allí, de pronto en mangas de camisa y sin corbata, pateando una pelota, bailando con una alumna o a los tirones con un pedazo de carne, era como tal vez sea para un católico, ver a un cura de botas y culero, tirando el lazo o jineteando. Nos llenaba de asombro. Y de otra cosa, nos llenaba: una cosa indefinida, "tirando a contentura", proveniente tal vez de sentimientos que la igualdad hace vibrar. Y que a nosotros nos producía, además, ganas de arrimarnos a algunos de los de aquella transformación, tocarle el hombro y decirles despacito:

—Viéndolo a usted, parece mentira que haya individuos capaces de apretar a un prójimo por la simpleza de una lección... mal... mal hilvanada...

Y ya en lo más culminante de la fiesta, cuando incluso era fácil ver al de la seriedad empinarse un vaso o una botella, como cualquier hijo de socio de la APAL, las ganas eran de codearlo no más delante de todo el mundo y hacerle oír:

—¿Viste, bobeta, como esto es mucho más lindo que andar haciéndose odiar?...

Pero eran ganas nada más. Y que sepamos, nadie se las sacó.

Más o menos a las once se bailaba el Pericón, con música ya de la banda y bajo el mando esmerado de Alejo T. Gorosito. Era un Pericón como de cuarenta parejas vestidas como corresponde, que habían ensayado un mes antes.

A las doce, la gente empezaba a movilizarse. A arrimarse al fogón, a masticar pan, a preguntar, a intentar hacer soborno con algún cocinero, a oler, oler y oler. Era el aviso para la Comisión, de que debía empezar a colocar las mesas. Mientras se hacía esto, el movimiento iba aumentando. Empezaban a oirse gritos, se formaban remolinos, se veían caras —y sobre todo ojos— "de pocos amigos". La madrugada, el ejercicio, el ayuno, el aperitivo, el mate, el amor, había ido madurando un hambre feroz. La terminaban de madurar los olores de la olla podrida, los asados, los pasteles y los preparativos para la comida.

Se colocaban las mesas y se ubicaba la primera "tanda", que debía estar compuesta de profesores, invitados especiales y padres. Debía, pero nunca pudo evitarse que entre col y col se mechara algún estudiante. Y esto era suficiente para que, apenas se terminara aquella "camada" de sentar, comenzara el escándalo. Nadie se hubiera podido explicar cómo aquellas cuatro o cinco "malas manzanas" lograban echar a perder a la cincuentena en tan pocos minutos y en forma tan irremediable. La cosa empezaba con alguno que otro chiflido y seguía con un alarido unánime que duraba hasta el final, con ligeros intervalos producidos por la masticación. Pero seguramente la envidia de ver comer sin poder comer, despertaba la desesperación del resto que aguardaba turno. La Comisión conseguía mantener más o menos a raya la avalancha, hasta terminada la olla podrida, y así iban pasando sucesivamente las distintas "camadas". Menos la última, o las dos últimas, o las tres últimas, que no se resignaban a esperar. Invadían la jurisdicción bajo la autoridad de Echenique y "se hacían justicia con sus propias manos". Los pasteles y empanadas, al final, se repartían "a la de dios que es grande".

Lo cierto, es que todo el mundo comía bien y bebía mejor. Y esto era lo peor que podía ocurrir. Porque si peligroso es un grupo de muchachos hambrientos, terrible es cuando se harta... y se "envina". Hasta el pan servía de munición para las batallas que se desataban. Nada digamos de huesos y alguna papita medio a mano... Todo inofensivo, naturalmente. Los heridos de estas batallas, venían a ser los manchados; manchados de vino, cerveza, alguna zanahoria.

En seguida recomenzaba el baile. Casi en seguida, el mate amargo y las ruedas otra vez. Y los juegos. Y los disimulados escabullimientos de las parejas por entre la arboleda. Y el avance de las sombras. Y la tardecita. Y la retirada.

Por la noche, gran fiesta en el Centro Progreso, donde se coronaba a la Reina de la Primavera, elegida días atrás en el Liceo, mediante voto universal no muy secreto.

Si al día siguiente era día de clase, quedaban las libretas negreando de "Deficientes" y crucecitas por faltas. Porque otra vez había recomenzado a reinar la seriedad. Una seriedad cada vez más seria. Que culminaba en las reuniones de fin de cursos y estallaba con ruidaje de tachos en los exámenes. Las ganas que nos venían entonces, de arrimarnos a algunos de aquéllos que "tenían el tacho por el mango" y susurrarle:

—¿Te acordás que comimos juntos... o que te serví el vino... o que te cambié un pedazo de garrón por una hermosa costilla... o que bailaste con mi hermana allá en la fiesta?...

Pero eran ganas nada más. Y que sepamos, nadie osó sacárselas por aquellos tiempos de seriedad al rojo vivo. Seriedad que sólo conseguían atemperar aquellas bárbaras explosiones setembrinas que fueron las fiestas estudiantiles en Treinta y Tres, hace (...) años....

Julio C. da ROSA

(Especial para EL DIA.)

Tercer año, grupo "A", de 1936, en compañía de don Héctor y los doctores Domingo Almirati y Antonio Pereira Rodríguez. Al fondo los nísperos y más allá el salón de Física.

Grupo de profesores y alumnos en un rincón del patio del Liceo viejo, al celebrarse los 25 años de la institución, en 1938. A la derecha, la baranda y pendiendo sobre todas las cabezas, la clásica e inolvidable campana, gracias a la cual goza Ernesto Juárez hoy, "los beneficios de una merecida jubilación".

Pared derecha. Todas las fotografías que presentamos han sido tomadas después de la restauración de las pinturas.

Pared del fondo.

EL SIGLO XIX

DE LA TUMBA DE LAS OLIMPIADAS A LA CATEDRAL DE MONTEVIDEO

COMO verdadera primicia presentamos a los lectores de este Suplemento las fotografías de las pinturas — retiradas de su lugar original y restauradas — de una de las más interesantes tumbas etruscas recientemente descubierta en Tarquinia.

La riqueza arqueológica — sobre todo cuando puede traducirse en riqueza monetaria — ha tentado siempre al hombre y así las tumbas, donde los vivos han depositado para acompañar a los muertos riquezas fácilmente negociables en el mercado común (muchas veces metales preciosos) han sido, en todas las edades, la meta de los buscadores de tesoros o por lo menos de una riqueza accesible sin muchas fatigas. No ha de extrañar, pues, que las tumbas de los etruscos sean objeto de codicia; en ellas casi todo el ajuar funerario es hoy en día traducible en moneda pues no sólo cuenta el oro, que por su valor intrínseco reditúa altamente, sino todos los productos de la antigua industria ya que son ellos codicia de museos y coleccionistas.

La apertura de una tumba hecha con criterio científico, lleva mucho tiempo en estudios y preparación de los trabajos; el depredador — no le interesa recoger datos, fijar posición de los enseres — debe proceder como lo que es, como un vulgar ladrón que apresura su faena para no ser descubierto.

Con el fin de ganar terreno en esta batalla por la posesión de bienes tan valiosos, los arqueólogos y estudiosos italianos han ideado una sonda especial que lleva una máquina fotográfica capaz de fijar en todas direcciones, el ambiente en el cual ha sido introducida. Localizada una tumba antes de proceder a su apertura — cosa que cuesta mucho trabajo, fatigas y dinero — se introduce la sonda, el ojo de Minos, ha sido llamada, para lograr las distintas fotografías y se procede al estudio de las mismas; si la tumba ha sido ya violada en la antigüedad no necesita ser abierta; si la tumba conserva su ajuar, procédese a su custodia hasta la apertura que es realizada por especialistas. Este sistema y sus instrumentos fueron creados por la Fundación Lérici del Politécnico de Milán la que constantemente costea estudios en territorio etrusco.

Uno de sus más afortunados descubrimientos fue — hace poco más de un año — el de una tumba en Tarquinia totalmente decorada con pinturas y que por el carácter de las mismas (juegos agonales) y la proximidad de los juegos atléticos a celebrarse en Roma el año próximo, fue bautizada con el nombre de *Tumba de las Olimpíadas.*

Esta tumba había sido violada en la antigüedad y se encontraba vacía. "El interior estaba invadido por tierra, fragmentos de pintura desprendidos de las paredes y del techo y por trozos caídos de este último; y todo tan impregnado por las aguas que formaba una capa de fango de unos cincuenta centímetros de espesor." "La necesidad de separar inmediatamente las pinturas de las paredes se presentó de modo perentorio; el mismo aire que entraba por la puerta amenazaba con provocar nuevos desprendimientos en el tufo y la caída de más partículas de pintura. Por otra parte el conocimiento del subsuelo de Tarquinia, adquirido durante las investigaciones realizadas antes de retirar las pinturas de otras tumbas, descartaba la posibilidad de una restauración y hasta pensar en volver a colocar las pinturas *in situ.*" (Licia Borrelli Vlad *"Il distacco delle Pitture di una tomba tarquiniese di recente scoperta"*, Bol. Ist. C. del Restauro, Roma).

Las pinturas fueron desprendidas de las paredes de la tumba por el Istituto Centrale del Restauro y llevadas a su sede en Roma. Allí se montaron sobre bastidores de tensión constante y se procedió a su limpieza; las pinturas formando el ambiente de la tumba se conservarán en el Museo de Tarquinia.

La fecha de estas pinturas debe fijarse a fines del siglo VI a.C. y están emparentadas con otras de la misma Tarquinia pero principalmente por la forma y por el espíritu con la *Tumba de los Augures.* Es sin embargo única la forma de desarrollar los juegos los cuales han sido concebidos con gran respiro y dan una clara sensación de movimiento y libertad. Otro monumento más de la antigüedad que ha sido salvado y a pasado a integrar el tesoro cultural de la humanidad.

Con técnica parecida fue propuesto salvar otro monumento pictórico de singular interés que existía en nuestra ciudad; no se tra-

Pared izquierda. Carrera de vigas.

taba desde luego de una obra de 2.400 años de antigüedad, pero sí de un precioso eslabón en la historia de las artes plásticas en nuestra patria: las pinturas que decoraban la cúpula de la capilla del S.S. Sacramento de la Catedral. Ellas habían sido realizadas en la primera década del presente siglo por el gran pintor argentino Pío Collivadino (1869 - 1945) nombre ilustre en la Historia del Arte del país hermano. Dos obras murales había dejado Collivadino en nuestra ciudad, ésta a la que nos referimos en la Catedral y la que se ve en el techo de la sala del Teatro Solís realizada ésta última con la colaboración de Carlos María Herrera (W. E. Laroche: *"Elementos contributivos a la Historia del Arte en el Uruguay"*, Montevideo, 1951).

La decoración de la capilla de la Catedral era una obra de delicada realización, fina expresión auténtica de una etapa de la historia de la pintura; ejemplo vivo, casi único, de un modo de expresión pictórica que pudo haber quedado como lección insustituíble para mostrarnos una noble realización en un estilo que fue expresión de una época. Collivadino había dejado en esa cúpula una gran obra de pintura mural —rarísimas en esa época en nuestro medio— que en verdad era poco contemplada, tal vez por faltarle una correcta iluminación y por el estorbo que significaba para ello la enorme araña —agregado heteróclito en el ambiente— que impedía la contemplación del equilibrado conjunto y en especial de la notable ronda de ángeles que escapaban hacia la luz del ojo de la cúpula.

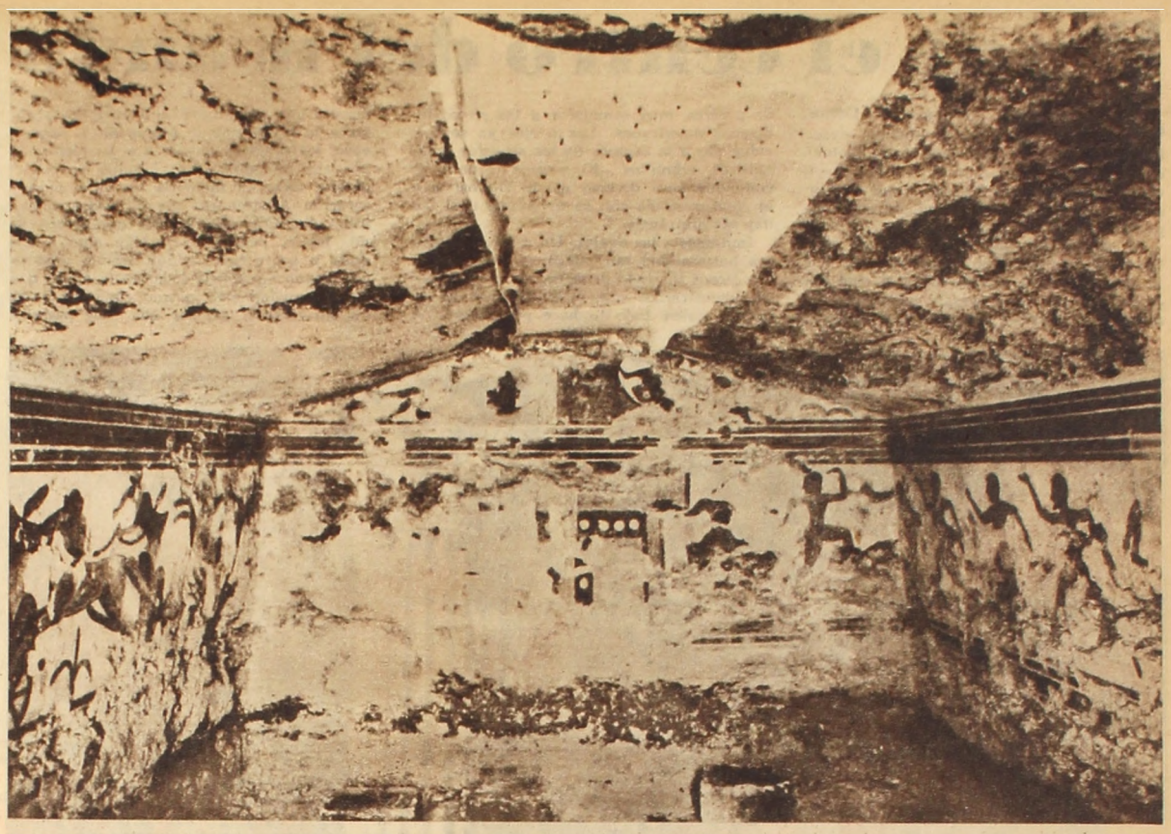
Esta obra mural de Pío Collivadino fue destruída hace pocos días, casi diría hace pocas horas, no obstante haberse propuesto su traslado a la tela para evitar fuese destruída con la demolición de la falsa cúpula sobre la que fuera pintada. Dado el estado precario de esta falsa cúpula se hacía necesario su demolición más las pinturas podían ser salvadas trasladándolas a la tela para ser posteriormente o recolocadas en su ambiente original o guardadas en algún museo o vendidas o regaladas. Lamentablemente no se quiso guardar la obra de Collivadino y ella se fue entre el polvo de la demolición y un monumento más entre los pocos que poseemos, desapareció ante la indiferencia y el desamor por las auténticas expresiones de arte. Un ejemplo más que nos demuestra cuán necesaria se hace entre nosotros una legislación que ampare nuestros monumentos de arte impidiendo hechos semejantes; una legislación que proteja la obra de interés cultural, sea ésta propiedad del Estado o del particular ya que siempre es un bien nacional.

Señalamos este contraste entre lo que se termina de hacer en Tarquinia con las pinturas de la Tumba de las Olimpíadas y lo que también se termina de hacer en la Catedral de Montevideo no tan sólo como un dolor por la obra perdida de Collivadino sino también para que ello sirva de llamada a la atención de todos y todos seamos uno para evitar que vuelvan a producirse hechos tan deprimentes en el campo de nuestra cultura.

Luis BAUSERO

(Especial para EL DIA)

(Fotografías del Istituto C. del Restauro de Roma)



La tumba de las Olimpíadas después que fuera vaciada de la gruesa capa de limo que cubría su pavimento. El "columen" del techo aparece protegido por un velo.

La sonda —el ojo de Minos— creada en el Politécnico de Milán, es introducida en una tumba de Cervéteri.

La pared del fondo con la puerta casi idéntica a la de la Tumba de los Augures.

Desde el centro del mundo a Olimpia

AMANECIENDO, abandonamos Delfos, el antiguo ombligo del mundo; desde lo alto de nuestro moderno Hotel Delphi, el valle semeja un mar de verdura —el olivar más grande de Grecia— que brumosamente se transforma en azulado en la caprichosa bahía de Itea.

Al mediar la calurosa mañana, el excelente pullman sufre un desperfecto, en Kiri, una aldehuela montañesa, a la cual llegamos después de atravesar una meseta desértica, de corrales cercados con barreras de piedras, muy semejante a las pircas indígenas americanas. Las ovejas ya se han refugiado a la sombra de los arbustos o raquíticos arbolillos. El paisaje áspero es completamente diverso al de Delfos; sólo el cielo continúa con su invariable azul tan del Mediterráneo.

Imitamos a las ovejas. Un campesino, con esa hospitalidad tan griega, se acerca para ofrecernos un vaso de agua. Se arregla para demostrarnos que él es distinto de su vecino, quien todo lo hace por dinero. A nuestra vez, nos empeñamos en hacer aceptar a la hijita, que lo acompaña y pasa el vaso, los dracmas que él nos ha rechazado con aire ofendido. La chiquilla acepta el dinero; creo, en memoria de mi amado y socarrón Aristófanes, que el padre simula estar distraído. La sonrisa desaparece de mis labios, pues que también amo a Esquilo y, sobre todo, a Sófocles: la vida sigue siendo tan difícil como en la época que ellos recorrían este mismo camino. Hasta me atrevería a afirmar que esos pastores tan pobres como amables deben ser los mismos que a ellos ofrecieron agua, antaño. En Grecia el tiempo tiene un significado distinto: sus héroes y artistas siguen viviendo en nuestras raíces.

A las 2 de la tarde pasamos por Lepanto, al final de una llanura cubierta de olivares que ha formado junto al mar y casi a su nivel. En ese polvo que levanta el *autocar* pueden estar las cenizas del brazo o, cuando menos, porque no sé si allí quedó, rastros de la sangre de Miguel de Cervantes Saavedra, en la célebre batalla contra los turcos. Cuando la guía, Madame Elsa Sclavounes, que era amiga de Katzanzakys, el famoso escritor griego muerto hace poco, lo anuncia por el micrófono, me asombra que nadie pregunte quién era ese manco ilustre.

Después de atravesar el estrecho de Corinto (esta sucesión de nombres griegos que desde la historia vienen hasta mí, me produce estremecimientos) en un *ferryboat* y almorzar en Patras, seguimos para entrar en una gran llanura muy fértil, la más extensa que hasta ahora haya visto en Grecia, y que termina cuando cerca de Pelopion entramos en la zona montañesa. Suaves colinas y collados cubiertos de verdor: frutales, viñedos, olivares y hortalizas.

El paisaje de Olympía (así se pronuncia y no como devotamente lo aprendí en mi banco de colegial y de aprendiz de Dionisio) es realmente hermoso; me recuerda el de las bellas lomadas de Toscania.

Cuando sobre la mansa dulzura de esta tierra cae el sol, ese sol tan semejante al de Mendoza, llegamos a la ciudad del Hermes de Praxiteles. La idea de ver, por fin, un original de Praxiteles me fascina de tal manera que todo este viaje me ha parecido un introito. Mientras escribo esto en el muy bello Hotel Spap, rodeado y sumido en un calmo pinar, los grillos jalonan la noche con su partir nueces de cristal. Es como si me anunciaran con su melopea que cincuenta metros más arriba, en la redonda colina, está el Museo y su Hermes. Dormiré, pues, bajo la lógica protección del dios de los viajeros; no me preocupa que lo sea, también, de los ladrones. Antes de entregarme a él, recorro la población.

En una posada, bajo una enorme y bíblica higuera, un cura ortodoxo, con mitra, negra como su larga barba, preside la reunión sentado entre dos mujeres. En las mesas se come sobriamente; es un pueblo al que la pobreza, y acaso el amor a lo bello, le ha enseñado desde la época clásica a ser sobrio.

A poco se levantan tres hombres para bailar al son de una música algo monocorde y de evidente origen oriental. Danzan unidos por dos pañuelos que tienen con una de sus manos. El baile es movido, rítmico; exige gran agilidad y, por momentos, los bailarines se transforman en una suerte de volatineros. Puede que esto último sea, también, influencia oriental en ese estilo que la "Opera de Pekín" mostró en todo su esplendor. Se ve que son muchachos del pueblo, acaso dependientes de comercio; de estos que en su conjunto forman una especie de Olimpo, pues sus nombres son los de los dioses. El cura permanece si no hierático por lo menos solemne, con algo de druida bajo su árbol.

Al día siguiente, en este pleno verano, las 8 me despierta el canto de las ciga-

Columnas corintias del templo de Zeus, en Atenas.

Figuras del frontón oriental del templo

agmento del frontón Oeste: un centauro ebrio trata de raptar a una novia lapita.

(tiene algo de apresurado y angustioso; a que sólo cantarán un verano) y el e perfume de los laureles rosa.

ntro en el Museo y me obligo a dete- ne en el hall, a manera de preámbulo. esta disposición de museo-templo, adi- que la *cella* del Hermes debe estar al o, más allá del gran salón; pero me re- imposible resistir mucho, mi mirada ala sobre las figuras. Cruzo la sala ral y entro en la del fondo. Sí, allí está. miro un instante; ya estoy seguro de está. Además es lógico que el dueño casa sepa que he venido a saludarlo e la otra mitad del mundo que él ha ado a crear.

egreso al salón, como quien sale a to- aliento. Veo un delicioso caballito os de argentino— de bronce, de líneas lúmenes puros, alargados; esa escultura hoy comenzamos a ver como novedad uestro tiempo. También unos admira- pies en terracota y bronce de lo que a ser el jinete, y que hacen imaginar sería lo restante de la figura.

célebre Victoria, de Peónios, que con ermes comparte y apoya la nombradía Museo, me parece de inferior calidad de Samotracia, del Louvre, en particu- n la factura de los paños; desde luego ta menos imponente. A estar de la uette que muestra la figura como era, anado mucho con las mutilaciones del po, que sólo han dejado el cuerpo, más ado que el de la Venus de Milo, y sin lo mejor de ese conjunto alado que una base triangular de mármol avan- hacia el espectador.

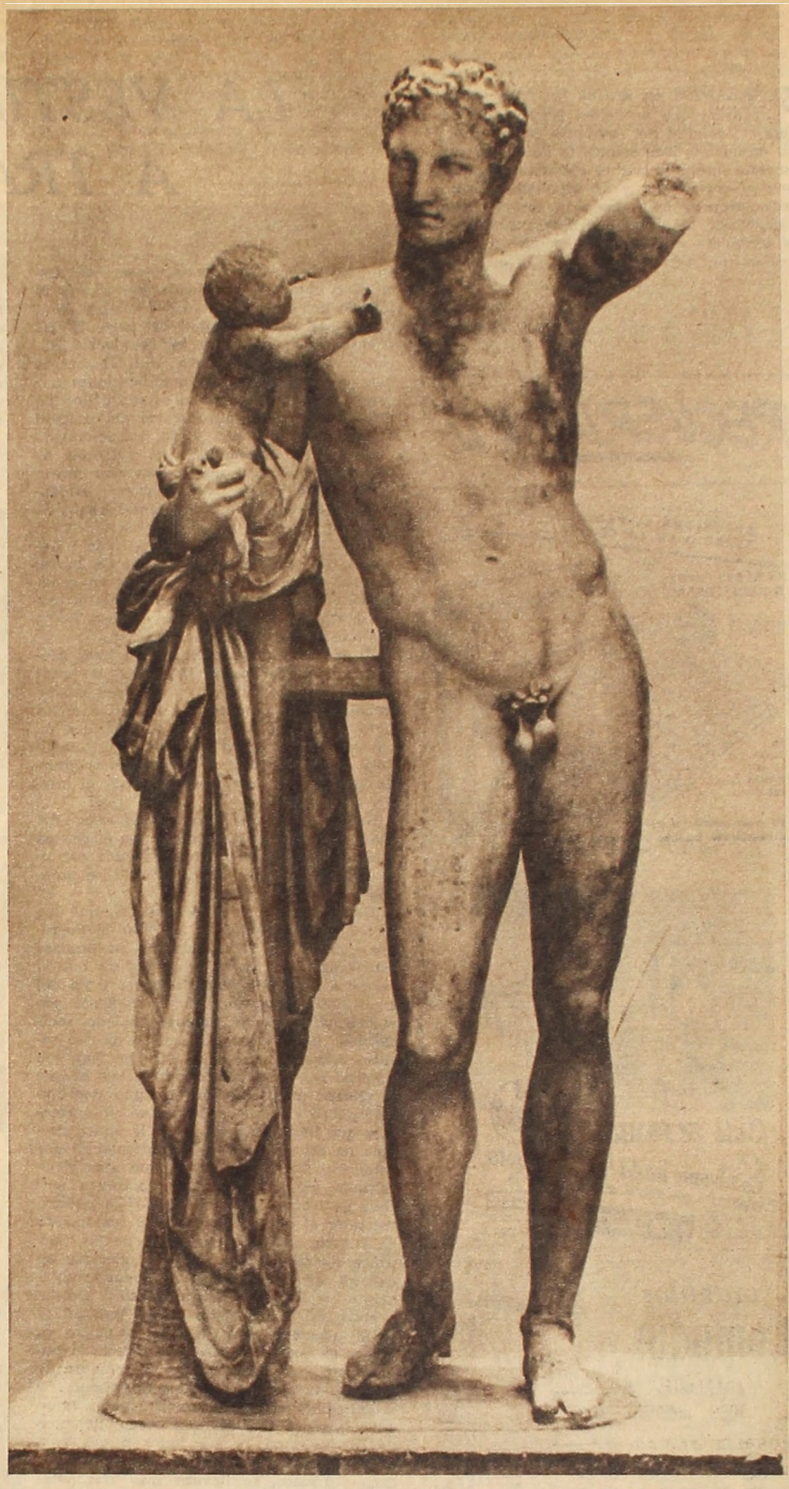
s frontones de mármol de Paros del templo de Zeus, me parecen una de las mejores obras del Siglo V A. C., que marcó el momento culminante de la escultura helénica. El que estaba en la entrada del templo —puerta siempre orientada hacia el Este, el nacimiento del sol—, representa a Zeus otorgando, por medio de un ardid de esos que tanto placían a los dioses griegos, el amor de Hypodamia a Pelops; para ello fue necesario que el rey, padre de la doncella, muriera en una carrera olímpica. El frontón occidental muestra la lucha de los centauros borrachos, que intentan raptar a una novia y a las mujeres y muchachos Lapitas que asisten a la boda; Apolo, que preside la composición, otorga el triunfo a estos últimos. Las figuras, especialmente la magnífica del dios, tiene una serenidad que sólo atino a calificar como religiosa. Se las considera obra de Alcámenes y los discípulos de Fidias, si éste mismo no tomó parte en la tarea, como se sospecha. En metopas que estaban ubicadas en la cela del templo, aparecen los trabajos de Hércules; la mejor de las que han quedado es sin duda la de su encuentro con Atlas. Vuelvo a la sala de Hermes, ya puedo contemplarlo objetivamente. Apoyando el brazo izquierdo en el tronco cortado de un árbol, supongo un olivo sagrado, sostiene a Dyonisos niño, en esa tan clásica postura en la cual el cuerpo descansa sobre una de las piernas, mientras la otra aparece en ligera flexión. Según se supone, pues que resta muy poco de ese brazo, Hermes mostraba un racimo de uvas hacia el que tiende sus manitas el dios niño, que, como la mayoría de las figuras infantiles griegas o romanas, carece de candor. La espalda, como la de la Venus de Milo y la casi totalidad de las figuras griegas y romanas que estaban esculpidas para ser miradas solo de frente, no es de modelado tan fino y sensible como el pecho, y en particular el vientre que sin llegar a ser mórbido produce palpitante sensación de vida. Sólo Praxiteles pudo haber modelado tan contenida sensualidad, tan supremo contentamiento de la hermosura del cuerpo humano; no es posible que un copista romano haya llegado a tal extremo de habilidad interpretativa como se discutió un tiempo. Las rodillas y los tobillos tienen la potente y tierna gracia de un potrillo de raza. En el correaje de las sandalias aún queda algo del color rojo que las teñía; lo mismo en el pelo que por primera vez Praxiteles trata con rulitos en lugar del estilizado y hierático usado hasta entonces, en la figura de Apolo del frontón, por ejemplo. Estaba pintado de rubio, tenía azules los ojos y claras las pestañas; en esa policromía que me cuesta imaginar no sólo en estas calmas figuras donde el arte figurativo parece haber logrado su cumbre humana, sino y también en las columnas del Partenon de Atenas.

La estatua se levanta en un singular estrado de arena, que resulta tan idealmente neutro que en ningún momento distrae la atención del espectador, que en otros museos es solicitada a menudo por elementos decorativos en esos casos tan fuera de lugar.

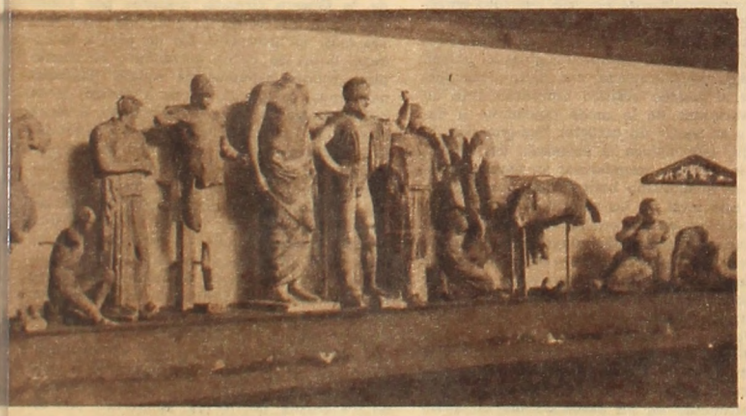
Fue encontrada entre las ruinas del templo de Hera (Juno), no lejos del *pritaneum* donde los sacerdotes invitaban a comer a los vencedores de los juegos olímpicos y hoy se ha construído el ara donde se enciende la antorcha de los modernos juegos. Camino por el recinto de este templo con invencible emoción, pensando en cuanto habrá de descubrirse cuando se terminen las excavaciones. No lo puedo evitar, dejo caer mi chaqueta y la recojo con un trocito de mármol. Hermes, en su segunda advocación me protegerá. Me protege puesto que aún lo tengo en mis manos.

Abelardo ***ARIAS.***

(Especial para EL DIA.)



Hermes con Dionisios, original en mármol, de Praxíteles, existente en el Museo de Olympia.



eus, en Olympia. El dios otorga el amor de Hypodamia a Pelops.

LA VESTIMENTA DEL GAUCHO A TRAVES DEL TIEMPO

SEÑALAMOS en artículo anterior las directrices que se deben seguir para encarar el estudio del vestuario del gaucho y su definición. Destacamos la índole de vestimenta aportada por el elemento europeo, hispano-colonizador y los elementos funcionales propios del indígena y los superfuncionales por adaptación y mimetización con el ambiente cultural y económico, en ese proceso de regresión que sufre el elemento europeo matriz. Terminamos con una descripción somera y ordenada del tocado al calzado del vestuario tipo del hombre rural durante la segunda mitad del siglo XVIII y hasta la época de la Independencia Nacional. Vamos a repetirlo, pues él será la base u origen, con las modificaciones circunstanciales inherentes al estado bélico sobreviniente como consecuencia del proceso emancipador primero y de estructuración política luego, acentuadas por variantes de la moda universal que llegan con atraso considerable y con desfiguraciones evidentes al medio rural hostil y semi-bárbaro de la época:

Sombrero de fieltro de copa baja y redonda, o de paja, o de panza de burra; camisa y pañuelo al cuello; chaleco o armador, chaqueta o chupa o chamarra; calzón corto a la rodilla, calzoncillo con flecos y cribos, botas de potro.

El investigador argentino Rodríguez Molas a quien tuvimos oportunidad de citar en ese artículo anterior emite en el mismo trabajo "La indumentaria del gaucho en los siglos XVIII y XIX", una opinión, que no vamos a juzgar ni en tono crítico ni tomándola como una absoluta, pues sería absurdo, pero que vamos a analizar por el interés que reviste.

Señala en efecto: "En la vestimenta del siglo XVIII rioplatense no se usa el chiripá —siempre presente en los grabados del siglo XIX— que luego sería una de las prendas clásicas del gaucho".

De acuerdo con los documentos que hemos podido consultar y las citas bibliográficas realizadas, consideramos aventurada esta afirmación, como lo sería decir que el calzón a la rodilla deja de usarse a fin del siglo XVIII, sustituído en el siguiente por el chiripá. Como ya hemos señalado, indicar una fecha exacta a estos respectos resulta siempre arbitrario. Lo que hay, de acuerdo con lo señalado por Azara, es que el chiripá es propio, al principio del tipo más pobre y nosotros particularmente creemos que hasta el nombre se le aplica después de algunos años de ser adoptado y por extensión. En efecto, la opinión más generalizada es que chiripá es de origen quichua de "chiri - pac", "para frío". A nuestro entender el chiripá lo imponen lentamente en nuestra campaña los indios de las doctrinas, guaraníes o tapes, y se adentran en nuestro territorio y engrosan considerablemente las filas de la naciente clase gaucha a partir de la expulsión de los jesuítas, es decir, alrededor de 1760. Al principio es una jerga que se coloca alrededor de la cintura como un mandil, y con el nombre de jerga se le distingue en los documentos y lo denomina el propio Azara, a veces es un poncho, recuérdese el "tapalotodo" del poncho de Lastarria y los "unos o dos ponchos" del "Lazarillo de ciegos caminantes". Como dijimos, se llevaba más frecuentemente sólo atado a la cintura como un mandil y luego seguramente para protegerse más al montar a caballo (recordamos que los "camiluchos" o peones de las estancias jesuíticas no eran tan caballeros como los gauderios y changadores) se cruza entre las piernas a modo de bragas o pañal, que es como luego se hace famoso y se populariza en todo el Río de la Plata y el Río Grande del Sur.

El calzón a la rodilla continúa usándose en campaña en el siglo XIX aún transcurridas más de dos décadas, cuando menos hasta el fin de la Cisplatina, como lo demuestra terminantemente la iconografía de época, claro que siempre de preferencia por el hombre de campo de posición más acomodada o estanciero. Como ejemplo gráfico diríamos que en la inmortal novela de Acevedo Díaz, "Ismael", y esto lo traemos porque al respecto hemos oído y visto cosas muy raras, el antagonista Jorge Almagro, como "godo" y como capataz o mayoral, debe representársele con calzón corto y el protagonista, Ismael, de chiripá de jerga o mandil, modo de usarse que persistió más tiempo en nuestra Banda, por lo que se le llamó chiripá a la oriental.

Este uso del calzón corto, abierto al costado hasta medio muslo, con botones en esa abertura y pasamanería en los bolsillos junto al del chaleco, la chaqueta y el sombrero redondo de ala plana con borlas en el barboquejo, ha servido de base para admitir el valor gauchesco de las aculturaciones azorianas en el Río Grande y maragatas o canarias en nuestro territorio, hipótesis que tiene su paladín en el distinguido investigador brasileño Manoelito de Ornellas.

A este respecto afirmamos categóricamente que si bien es cierto que estas prendas son de uso rural y pastoril en las islas antes citadas no lo es menos, que también lo son, en casi todas las provincias de la Península. De Sur a Norte y de Este a Oeste casi no hay tipo rural ibérico desde fines del siglo XVII y primera mitad del XVIII, que no use estas prendas con ligerísimas variantes. Al pasar y a este propósito digamos que ese calzón recibe en Andalucía el nombre de "bombacho" que seguramente influyó en la calificación de la muy posterior "bombacha".

Ese vestuario básico del hombre de campo en el siglo XVIII sufre en el XIX, aparte del natural abandono o poco uso de algunas prendas, como la chaqueta durante la faena, un diríamos, relajamiento mayor o por emplear el tan adecuado concepto de Vidart, una más aguda rebarbarización debida principalmente al ciclo guerrero emancipador. En efecto, si hasta entonces la poca cordialidad de relaciones, el alejamiento individualista en campañas abiertas y con medios de transporte casi nulos, mantendrían al gaucho alejado temporalmente de las variantes de la moda ciudadana y daban a su vestir un carácter "sui-generis"; la guerra, que disloca la economía del medio, que lo obliga a transformar su natural errático en nomadismo beligerante; una separación casi total de las relaciones con la ciudad que es el último baluarte de la colonia, una estrechez aún mayor de sus posibilidades adquisitivas, en ambos extremos, el de tener con qué pagar y el de tener qué comprar o en el peor de los casos qué robar; simplifica, funcionaliza y particulariza aún más esa indumentaria.

El calzón es definitivamente desterrado y sustituído por el chiripá y éste a su vez usado entre las piernas contribuye a suplir el calzoncillo en los casos de mayor miseria, la chaqueta también se hace menos frecuente aunque a veces se adopta la chupa de algún cuerpo militar. La falta de esta prenda y a veces la del chaleco, fuerza a aumentar las medidas del pañuelo del cuello, que adquiere dimensiones exageradas. Ese mismo pañuelo sustituye con ventajas el sombrero y aún a ambos una simple tira de tela, donde se puede incluso inscribir una injuria al adversario, a veces ni ésto, un simple tiento sujeta la guedeja hirsuta.

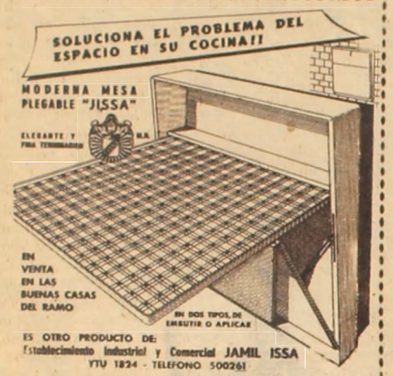
Se sustituye el antiguo cinto de tela de grandes bolsillos por uno de cuero recio, de carpincho, de toro o de tigre, también con bolsillos, que al igual que el de los fusileros de las tropas regulares, sirve para guardar las balas o la metralla y al que por esta razón se le denomina "cinto de tirador" o simplemente "tirador". No hay que olvidar que aunque el gaucho poseedor de armas más efectivas en rapidez como las bolas y el lazo repugnaba en general el uso de las armas de fuego, la aparición de las de "fulminante" en sustitución de las de chispa, contribuye a su uso y que el mismo Artigas creó una verdadera "infantería montada", es decir tiradores o fusileros de a caballo que contribuyeron tanto como los de lanza a sus victorias guerreras.

Con lo dicho podemos tipificar la indumentaria básica del gaucho en la primera mitad del siglo XIX, hasta poco después de la Guerra Grande, digamos por poner una fecha que como tal y lo repetimos una vez más, es arbitrario. De los pies a la cabeza: botas de potro, cerradas o de medio pie; grandes espuelas de rodete llamadas nazarenas, calzoncillo fuera o dentro de la bota, chiripá de jerga o de poncho, a veces de tela de tripe comúnmente azul o colorada; faja y tirador que se cierra con una abotonadura de grandes dimensiones hecha muchas veces con dos o cuatro grandes monedas o patacones; camisa amplia, blanca, de lienzo; pañuelo muy grande al cuello y a veces a media espalda, es decir pasado por debajo de un brazo y anudado allí; en ocasiones chaleco y más raramente chaqueta; el sombrero aludo desterrado en España en el siglo anterior junto a la capa, es sustituído por uno de pelo negro de alas muy cortas y más frecuentemente por su funcionalidad, por el de panza de burra; toma asimismo mucho auge en nuestra Banda el uso de los gorros de manga, adoptados por el ejército y los pañuelos y vinchas para sujetar el largo caballo; siempre como corr

Estanciero. 1840. D'Hastrel. Grabado coloreado. Col. Assunçao.

Soldado de Infantería de Montevideo. 1840. D'Hastrel. Grabado coloreado. (Col. Assunçao.)

RECUERDE UD.



muebles
Comodín
ADAPTABLES A TODO AMBIENTE

MUEBLES BAR con opalina negra, en limba.
Puerta de correr.
Cuatro cajones y estante para libros y cerámica.

Mueblería SAN FERNANDO
18 DE JULIO 2133 Teléf. 40 52 97
entre Juan Paullier y J. Requena

ATHERMOLIT

AISLANTE
TERMICO Y ACUSTICO
BALVIMON S. A.
PROPIOS 2747 Tel. 5 58 09

plemento infaltable el poncho, que es sin duda junto al mate la herencia cultural más importante que nos dejó América indígena.

Terminado ese período bélico tremendo que culminó con el fin de la tristemente célebre Guerra Grande que le valió a Montevideo el nombre de "Nueva Troya", se producen dos modificaciones en el vestuario del hombre de campo que habrán de definirlo en su última etapa y que lo caracterizan aún hasta hoy y que son las siguientes:

Se acrecienta el uso de botas de fabricación en lugar de las de potro, en especial las de origen militar llamadas granaderas, debido principalmente a la intervención de tropas extranjeras, europeas, en nuestros conflictos internos.

Aparece la bombacha. Don Juan L. Cuestas señala la aparición de esta prenda unos cinco años después del fin de la Guerra Grande. Su origen sería el siguiente. Francia e Inglaterra, aliados de Turquía, cuya existencia como nación europea había pretendido terminar Rusia, inician contra ésta la llamada guerra de Crimea. Con un criterio muy de la época, equipan a las tropas aliadas con uniformes similares a los de los turcos, adoptando, como correspondía a soldados que iban a pelear en aquellas exóticas regiones, los amplios, latísimos pantalones de estos últimos.

Terminada esa guerra, antes de lo previsto por los sastres y fabricantes de uniformes de esos países, que produjeron cantidades excesivas de los referidos pantalones, ese excedente de guerra es exportado al mercado rioplatense, tan exótico para ellos como la propia guerra de Crimea y continuamente agitado por conflictos bélicos y por lo tanto necesitado siempre de estos materiales. De ahí nuestros soldados equipados con aquellos espectaculares bombachos y polainas. Pero como parece que el material era mucho para las raleadas tropas locales, lo que sobró fue a engrosar los stocks de bric-a-brac de nuestras pulperías de campaña, con la inmediata consecuencia de su adopción por el paisanaje.

No he podido investigar muy a fondo las posibilidades de esta hipótesis así planteada, pero hay que reconocer que "se non é vero"...

Podemos tipificar ahora la vestimenta del gaucho o por mejor llamarlo del paisano u hombre rural, durante las últimas décadas del siglo XIX y las dos primeras del actual, con resabios aún hoy día, infelizmente, ¡ay! cada vez más esporádicos.

De los pies a la cabeza: bota fuerte, raramente la de potro, cada vez más alpargatas; bombacha o chiripá de merino, en este caso uno o dos calzoncillos, con o sin cribos pero generalmente con flecos; tirador o cinto, rastra, faja, chaleco, chaqueta pero más larga que la que se usaba antes, de gran abotonadura de arriba abajo o más tarde el saco; camisa, muchas veces en lugar de ésta sobre la camiseta, a veces sobrepuesta a la camisa, una prenda de uso especialmente en tiempo caluroso y para el trabajo de corral, una blusa de prender en el cuello, larga hasta la cintura, muy suelta, de mangas amplias, generalmente de puño doble de gemelos, que muchas veces se arremangaban, con o sin tablones o tablas en la delantera que se adornaban con botones o monedas y pequeños bordados y trencilla, de tela delgada negra generalmente y a ocasiones de terciopelo por lujo, llamada simplemente blusa, "corralera" y a veces "voladora"; el pañuelo al cuello o "golilla"; sombrero de alas cortas, de copa más bien puntiaguda con un abollón en ésta o sin él, con barbijo y... el infaltable poncho, de verano o de invierno.

Varias veces nos hemos referido a esta prenda como la infaltable y sin duda la más característica del hombre de nuestra campaña. Como fuente bibliográfica importante, citaremos al iniciar esta breve descripción el trabajo de la señora María D. Millán de Palavicino: "El poncho, estudio etno-geográfico", Buenos Aires, 1954.

El poncho es prenda que puede considerarse de uso universal y parece ser originario de las culturas de tipo patriarcal de Melanesia y Polinesia. El español lo recibió del indio de las culturas superiores del Pacífico y aún de los tejedores guaraníes y pronto, desde el siglo XVII, lo adoptó como prenda de uso en campaña y aún en la ciudad.

En nuestro territorio los ponchos siempre fueron importados, durante el siglo XVIII y la primera mitad del XIX de "las provincias de arriba", es decir las norteñas, y eran en su mayoría cordobeses y santiagueños. A algunos se les caracteriza por su modo de fabricarlos como los "a pala" y otros por su aspecto como el "balandran", o por el material como los de "balleta". También los "pampas" por provenir de los telares de esos indios con sus franjas y cruces características en blanco y negro.

En su "Histoire d'un voyage aux isles Malouines", dice Dom Pernetty, que estuvo por estos pagos entre 1763 y 64: "En cuanto al vestir de la gente del pueblo... llevan, en vez de capa una pieza de género rayado con bandas de diferentes colores, abierta solamente al medio para pasar la cabeza. Este abrigo cae sobre los hombros y cubre hasta los puños, descendiendo por atrás y adelante hasta más abajo de la rodilla, teniendo además un fleco a su alrededor; se le da el nombre de poncho...". Y más adelante agrega: "El señor Gobernador (se refiere a de Viana) nos mostró un poncho bordado en oro y plata, que le había costado trescientos y tantos pesos".

Sobre el origen del nombre de esta prenda, diremos que hasta ahora la opinión más generalizada, aceptada incluso por la Real Academia, le atribuye un origen araucano de "pontho"; sin embargo, Marcos A. Morínigo en un interesantísimo artículo publicado en la "Nueva Revista de Filología Hispánica", año IX, enero-marzo de 1955 (el Colegio de México) México Nº 1, en la página 33 y siguientes, se encarga de demostrar lo inverosímil de esa hipótesis y cree "hay que descartar el origen americano del poncho". Y agrega: "Su procedencia peninsular me parece indudable. Quizá esa voz del léxico de la marinería española del Mediterráneo"..., etc. Además sostiene que la voz se aplicó originalmente a los "quiyapi" o mantos de cueros usados por guaraníes y las otras tribus autóctonas rioplatenses, vgr. los charrúas.

Sobre las variedades de esta prenda, señalaremos, al pasar, las siguientes y sus características: "Apala" — poncho de lanilla de color natural o vicuña a listas más claras, por extensión cualquier poncho castaño o amarronado claro con rayas amarillentas. "Patria" — el clásico poncho de bayeta adoptado por los ejércitos nacionales con el anverso de bayeta azul y el reverso de la misma tela colorada. El poncho "calamaco" es un ponchito ordinario, redondeado, cortón y de color rojo y el poncho "vichará" es también un poncho de pobre de tejido basto, gris oscuro o azul con franja negra o más oscura.

En un próximo artículo haremos un estudio pormenorizado de las demás principales prendas usadas por el gaucho.

Fernando O. ASSUNÇAO.

(Especial para EL DIA).

Baqueano. ("Atardecer"). Juan M. Blanes. (1875-80). Oleo. (Colec. Assunçao). Notable ejemplo gráfico de la vestimenta del gaucho en las primeras décadas del siglo XIX.

Dos grandes figuras del teatro italiano. La actriz Lyda Borelli y el actor Ruggero Ruggeri, en "El dueño de las herrerías". El repertorio de este elenco, formado por importantes obras del teatro universal, provocó una fuerte reacción de la prensa ante las influencias puestas en juego para impedir la representación de ciertas obras.

La gran actriz española Rosario Pino, en la obra de Sardou "Divorciémonos" que constituyó un gran éxito de la temporada, a pesar de estar la obra entre las vetadas por la censura.

LA CENSURA, DRAMA DEL TEATRO

HACE unos meses, hallándome una noche en el saloncillo del Teatro de la Comedia, en Madrid, en rueda de café entre artistas y autores amigos, un crítico y poeta cordobés —escritor de talento que no disimulaba su poca simpatía al gobierno— me dijo:

—Si usted ha visto todos los últimos estrenos no se va a llevar a su país, muy buena impresión del teatro español actual .. Exitos de público, pero en calidad, muy poquita cosa... Muchos de los autores que hoy acaparan los teatros madrileños nada tendrían qué hacer si se pudieran representar en España las obras de García Lorca y Casona...

A lo que un comediógrafo español de grandes éxitos, contestó en seguida:

—Es que el día que se puedan hacer en España las obras de García Lorca, Casona y de otros, también nosotros podremos escribir lo que se nos antoje...

Este breve diálogo señala claramente el drama de la censura teatral —y de tantas otras censuras— en España. Las obras dramáticas, antes de llegar al público, sufren los cortes y mutilaciones de una media docena de comisiones de censura, obras que sus autores ya han escrito involuntariamente obligados, pensando en los uno y mil moldes y limitaciones que eso significa.

Siempre ha sido el teatro la víctima inmediata de las tiranías. En la libertad y en las democracias, los escritores han gritado su verdad y su belleza. Las dictaduras, débiles o fuertes, sostenidas por espadas o por sotanas, ponen una mordaza en la boca del escritor libre o una venda en la expresión de los artistas.

Pero si los amigos de la censura están de continuo agazapados, las fuerzas nobles y vivas del teatro permanecen igualmente atentas. Como lo dijera Goethe "El teatro, en cada país y en cada época, ha sabido siempre emanciparse, pero su libertad ha sido muchas veces de poca duración, porque ha tenido siempre tres enemigos prontos a sofocarla: la policía, la religión y el mal gusto de aquellos que se consideran más morales".

Todos los países han sufrido campañas en favor de la censura teatral. Aun hoy, en tierras libres, hay quienes se atreven a pedir la implantación de la censura. Hace pocas semanas, los procedimientos inesperados de un funcionario de correos de Nueva York, queriendo hacer regir no sé sabe qué viejos reglamentos, intentó ordenar el secuestro de la edición de la novela de Lawrence "El amante de Lady Chatterley", provocando una reacción oficial y periodística como no se podía esperar de otra manera. También en Italia, acaba de presentarse en el Parlamento, un proyecto que ha provocado —con su solo anuncio— unánime expresión de protesta de críticos, autores e intelectuales.

Este continente ha padecido en muchas oportunidades esa mordaza. Y siempre ha sido coincidente con determinadas actitudes políticas de los gobernantes.

Nuestro país puede decir con orgullo que —fuera de las horas de la ilegalidad— no ha sentido nunca la orden oficial que haya impedido la clara expresión. Aunque esto no quiere decir que no se haya pregonado y se pregone aún la necesidad de una censura. O quienes se conformen con una censura de "de comité" aconsejando en favor o en contra, tal o cual obra o espectáculo.

La primera Comisión de Censura Teatral que hubo en nuestro país desde nuestra independencia, fue nombrada en 1837. Su decreto de creación decía que "se instituía una Comisión Censora de obras teatrales a representarse en el país, integrada con los señores D. Bernardo Berro, Dr. Florentino Castellanos y Dn. Francisco Acuña de Figueroa". De la labor desarrollada pocos recuerdos nos ha dejado la historia. Al año siguiente, 1838, por otro decreto fueron sustituídos todos sus integrantes, pasándose a llamar "Comisión de Censura y Dirección de Teatro".

La vida teatral de aquellos años, por muchos motivos, no debe haber significado hondas preocupaciones ni desvelos a sus integrantes, ya que Montevideo adquirió importancia como plaza teatral recién a fines de siglo. Fue entonces, cuando los grandes elencos europeos comenzaron a encontrar en el Río de la Plata el apoyo económico que significaba el sacrificio de los largos viajes.

Mucho habría que decir y recordar al re-

Emilio Thuiller, primer actor de la compañía de Rosario Pino, durante la actuación de ese elenco en Montevideo.

El gran actor francés Mr. Charles Le Bargy, en "El Marqués de Priola", obra de Lavedan que provocó en 1909 una violenta campaña de la censura, cuando la Comedia Francesa actuó en el Urquiza.

ferirse a las actuaciones de los grandes artistas y elencos y al apoyo que el público de Montevideo le dispensaba.

La brevedad de esta nota, nos obliga a limitarnos a la temporada realizada en nuestra capital hace medio siglo y a la batalla que, en favor de la censura teatral, se libró entonces.

Fue allá por el año 1909. Durante el mismo invierno en que se colmaban nuestras salas de conferencias para oir a Vicente Blasco Ibáñez o Anatole France...

Nuestro pueblo acudía diariamente a aplaudir a sus artistas favoritos en los teatros Solís, Urquiza, Politeama, Cibils, Nacional, Coliseo Florida y Stella D'Italia o a las cuatro salas de variedades o music-hall, que ofrecían los programas del momento.

Para tener una idea clara de las carteleras, es bueno mencionar que en el limitado espacio de cuatro meses, actuaron en los escenarios montevideanos cantantes como Titta Ruffo y Alejandro Bonci, elencos de teatro italiano encabezados por Emma Gramática, Clara Della Guardia, Ermette Novelli, Lyda Borelli, Ruggero Ruggeri y Leo Orlandini. El teatro francés estuvo representado por Charles Le Bargy, Gabrielle Dorziat, Madame Rejáne, Signoret, Suzanne Desorés y Lugné Poe y los elencos españoles por Rosario Pino y Emilio Thuiller. Debemos destacar que de los nombres mencionados, la mayoría de ellos, venían al frente de distintos elencos, conjuntos todos que cumplían actuaciones de varias semanas.

Simultáneamente, en otros escenarios, desarrollaban sus temporadas compañías de operetas, zarzuelas y sainetes. Emilio Sagi Barba, Ettore Vitale, Gabina de la Muela, Carrasco, Salvany. En el Cibils, Nacional y Coliseo Florida se aplaudían las obras de Sánchez, Herrera, Cione, Bianchi, Blixen, Cortinas, De María, Frugoni, Fernández Ríos, Martínez Cuitiño, Dubau, Viana, Crosa, Salaverry, Moratorio, Teysera, Favaro, Pérez Petit, Regules, Scarzolo y otros.

La intensa actividad, provocó un fuerte movimiento en favor de la censura teatral. Las expresiones del teatro francés e italiano, por sus diálogos, situaciones y problemas sentimentales, provocaban el sonrojo de muchos timoratos. La batalla en favor y en contra de la censura, llegó a términos tan violentos, que la polémica periodística en muchos diarios, pasó de la sección teatral a la página editorial.

Samuel Blixen —el gran "Suplente"— desde EL DIA y otras tribunas, había hecho oir su autorizada voz de protesta. Lamentablemente, su muerte prematura ocurrida en mayo de ese mismo año, privó a la crítica nacional de una figura insustituíble.

Vencidos en sus gestiones ante el gobierno, quienes propiciaban la implantación de la censura, se organizaron en comisiones relacionadas con entidades internacionales, con el propósito de decretar el vacío a todos aquellos teatros en que se representaran obras que figuraban en un "index" redactado por instituciones de censura de distintos países.

Tan violenta llegó a ser la campaña, que se llegó a presionar a los empresarios de salas y de compañías, para impedir la actuación de determinados elencos o la representación de ciertas obras.

Esta actitud hizo que los críticos teatrales montevideanos del momento, reunidos en el Círculo de la Prensa, ante las amenazas que se formularan al empresario Paradossi por el repertorio de la compañía Lyda Borelli - Ruggero Ruggeri que debía presentarse en el teatro Urquiza, remitieran al citado empresario el siguiente telegrama: "Reunidos en el Círculo de la Prensa de Montevideo, protestamos en nombre de la dignidad del Arte, contra su absurda sumisión a la Liga Católica". Firmaron este telegrama los señores críticos Emilio Frugoni (EL DIA), Eduardo Rodríguez Larreta y Luis Scarzolo Travieso (El Siglo), doctor Leopoldo Thevenin (La Razón), Ismael Cortinas y Enrique Crosa (La Tribuna Popular), Gastón R. Plaucia (La Democracia), Juan P. Levagnini (El Liberal), Arturo Pozzilli (L'Italia del Plata), Elzear Giuffra (El Telégrafo Marítimo) y Julián Nogueira (El Tiempo).

La firme posición de los críticos teatrales, hizo que el repertorio no fuera modificado, representándose en espectáculos de abono las obras "blencas" y fuera de abono —y claro está, con las mejores entradas— aquellas piezas acusadas de inmoralidad, entre ellas "Salomé" de Wilde, que se había señalado como la piedra del escándalo de esa temporada.

Muchos episodios y anécdotas se podrían referir con respecto a otras temporadas. Por los nombres mencionados y la actividad escénica de aquella época en Montevideo, nuestra capital había adquirido prestigio internacional. Los últimos estrenos europeos, con sus propios intérpretes, pusieron al día a nuestro público con las mejores expresiones de la dramaturgia universal. Se hablaba y se discutía de teatro, en el café y en la calle. Los grandes maestros de la escena eran agasajados en las grandes residencias montevideanas. Las noches de abono eran fiestas sociales en las que se iba a gustar los grandes intérpretes y a admirar los últimos modelos que, en cada acto, se podían apreciar...

Pero siempre, estaban en lucha los dos bandos: por y contra la censura.

Mal de todas las épocas. Y de todos los pueblos. Felices de nosotros que en la historia de la nación, poco hemos sufrido por la falta de libertad de expresión. Es nuestro orgullo y nuestra tranquilidad.

¿Tranquilidad...?

Sin embargo, conviene no olvidar, que es en la confianza cuando prosperan las traiciones.

No hay motivos para temer. Pero hay que estar siempre atentos. Desde la creación de nuestra Comedia Nacional, el arte escénico ha vuelto a resurgir en Montevideo. El pueblo vuelve a ir al teatro. Escucha y discute las obras. Salas grandes y pequeñas brindan hoy, sin ninguna limitación, las creaciones de nuestros escritores y de los escritores del mundo.

No olvidemos que la historia del teatro es la historia de la libertad.

Angel CUROTTO

(Especial para EL DIA)
Setiembre de 1959.

Emma Gramática en "La marcha nupcial" de Bataille, considerada "escabrosa" hace cincuenta años, cuando su representación en el teatro Urquiza.

Mme. Rejane, otra de las grandes actrices, en una escena de "Casa de Muñecas", drama de Ibsen, que también provocó fuertes controversias entre los críticos montevideanos.

Escena de "El rey Lear" por la compañía del gran trágico italiano Ermette Novelli cuando su representación en el teatro Urquiza hace medio siglo.

El paisaje más típico de Orense, donde nació Otero Pedrayo. Vila nona dos Infantes, con su "castelo" que vigila el florido valle.

Don Ramón Otero Pedrayo con un grupo de admiradores de su obra, momentos antes de abandonar tierra uruguaya.

OTERO PEDRAYO, ESENCIA Y PLENITUD DE GALICIA

LA Galicia del siglo XIX se caracteriza por un resurgir de los estudios históricos y de la expresión poética. Fuera de esta última manifestación, hablar gallego suponía algo así como un complejo de inferioridad. Se necesitaban los hombres que, como los del 98 para España, dignificasen el habla regional y le diesen proyecciones de cultura. Y llegó esa generación con los nombres de: Castelao, Risco y Otero Pedrayo.

Para hacer posible el milagro, había que sentir cuando Galicia siente, y reir cuando Galicia ríe, es decir: amarla. Y amándola, formaron un grupo y crearon una revista que era ellos y Galicia, Galicia y ellos: "Nos".

Otero ama a Galicia a través de una aldea orensana: de Trasalba. Allí tiene Don Ramón un pazo y mayorazgo, donde —como nos decía hace un año invitándonos a pasar con él unos días— "no existe agua corriente, ni luz eléctrica; pero ¡chourizos e xamon!, os que queira." He aquí el secreto de la dimensión humana de Otero Pedrayo, de su jovialidad, de su sentimiento tan religioso que hasta ansiaría vestir la sotana en una canongía en Compostela, de su preocupación ante la muerte, de su sensibilidad.

En Trasalba, a la luz del quinqué cantado en sus versos, se asomó al libro —que fue asomarse al Universo— porque su hidalguía romántica —es el *fidalgo* el tipo mejor descrito en sus libros— al chocar con la realidad de la vida le llevó a refugiarse en la lectura, logrando una cultura superior y humanística, inconmensurable. Tuvo que ir a Trasalba el filósofo Lousada Diéguez, para que el espíritu de aquel aldeano se evadiese y proyectase fuera de sí y del pazo que siempre trasciende en su pluma y en su verbo.

Pero en cuanto sale de allí, Don Ramón deja bien amarrado su cordón umbilical a la última carbayeira de la parroquia para seguir nutriéndose de esencia y de nostalgia gallega. Así cuando vive en Madrid, para doctorarse en Filosofía y Letras, y en Derecho, refugia su añoranza en las charlas de café con los hidalgos gallegos de la corte, y llora que aquella Universidad, en aquel entonces de 1906, no tenga las "rapaciñas" del prado gallego, y sus retinas no vean los húmedos y verdes paisajes de la tierra amada.

Esos paisajes a los que con agudeza tanta fue sorbiéndoles el alma en sus peregrinajes por los caminos de Galicia, en toda su dimensión, para una vez sentida, expresarla y evocarla en sus obras: "Guía de Galicia" (1926), "Síntesis Xeográfica de Galicia" (1926), "Problemas de Xeografía galega" (1927), "Problemas y paisajes geográficos de Galicia" (1928), "Pelerinaxes" (1929) y tantas otras en las que desde lo geográfico capta e interpreta la tradición, la historia, la realidad social y la idiosincrasia de la tierra. Y esto significan sus otros libros: "Unha impresion da Galizia do sul no derradeiro seculo XVIII" (1929), "Romantismo, saudade, sentimento da terra e da raza en Pastor Díaz, Rosalía de Castro e Pondal" (1931), y singularmente, su "Ensayo Histórico sobre la cultura gallega" (1933) y su "Breve historia de Galicia" (1939) que son la esencia, la plenitud de la tierra, del hombre y del espíritu gallego.

Porque si hasta Otero Pedrayo no se conocían más que aspectos fragmentarios de esa verde y lozana mancha del NO. hispánico, desde que él lanza sus 14 novelas, dos obras teatrales, 25 libros de geografía, historia y ensayo, y centenares de artículos por "A Fauce", "A Nosa Terra", "Alborada", "Alma Gallega, "Arquivos", "Artes y Letras", "Blanco y Negro", "Celtiga", "Cuadernos de Estudos Gallegos", "El pueblo gallego", "Finisterre", "Galicia", "La Noche", "La Región", y tantas otras revistas y periódicos; desde entonces, no sólo ha descubierto una Galicia que nos era desconocida, sino que le dio caracteres y horizontes indelebles y universales. Con ello creaba además una nueva y original visión de la geografía, que se escapa del concepto clásico y limitado al 'geo", para abarcar todas las radiaciones ópticas sensibles, todo lo que sean capaz de percibir los sentidos. Y con esta visión escribió sus cuatro tomos, sobre "Geografía de España. Presencia y potencia del suelo y del pueblo español" (1955 - 56).

Todo ello tuvo vigor y repercusión, más que por sus valores, porque Don Ramón lo ha realizado con naturalidad, con espontaneidad, y con conciencia y lealtad a su destino; lo que dio eternidad a su obra. Pero para que una obra sea eficaz no basta que sea eterna. Necesita divulgación y culto y por eso Otero Pedrayo convirtió su vida en un magisterio, desde las cátedras de Institutos secundarios, y desde la Universidad de Compostela, donde fue el profesor inconcebible en la enseñanza española, porque no pasaba lista, no otorgaba suspensos, ni explicaba un programa determinado. De todos hablaba con erudición su gran cultura, y con lirismo que la hiciese grata al alumno, su yo romántico de Señor y campesino de Trasalba; caballero como aquél, ausente de vanidad como éste.

Esas cualidades: erudición, cultura sobrada, y romantismo, son las que más caracterizan el magisterio supremo de Otero Pedrayo: la oratoria. El es ante todo y sobre todo orador, aun cuando escribe, pero sin dialogar con el público, sino monologando con el tema, con lo que sabe. Y sabe tanto, que este es su mayor defecto, porque el hacinamiento de los conceptos hacen sus párrafos largos, llenos de enjundiosos incisos, barrocos...

Como orador ha sido como se presentó hace unos días, y al cabo de los años en estas riberas del Plata, trayendo a los gallegos emigrantes la esencia y plenitud de su tierra, que condensó, subido a la escalerilla del avión, gritando a los que acudieron a despedirlo: ¡Terra a Nosa! Y lanzando el mensaje a todos los vientos para que lo trasmitiesen a quienes no pudieron acudir al aeropuerto de Carrasco.

Pero a nosotros nos ha dejado una lección más brillante y más conmovedora: la de su jovialidad: expresada no sólo en su generosidad y elogio de las nuevas gentes, sino en que a los setenta y tantos años, no está aferrado a formas ni a temas viejos, sino que piensa y siente como los jóvenes, como nosotros...

J. L. PEREZ DE CASTRO

(Especial para EL DIA)

RECUERDE UD.

El Hogar

LA SUPER CERA

QUE LIMPIA

DA COLOR

ENCERA y

DESINFECTA

SUS PISOS.

CLINICA DENTAL YAGUARON

PROTESIS INMEDIATA
TODOS LOS DIAS DE
8 a 21 HORAS.
HORARIO CONTINUADO

Yaguarón 1533
(A mitad de cuadra)
CASI PAYSANDU

CUIDE SU DINERO REPARE SU
CITROËN o RENAULT

En un Taller Especializado Personal con más de 10 Años de Experiencia

Stock Permanente de Repuestos
Pintura. Lavados. Engrases. Mecánica. Electricidad. Chapa

GARCIA VARELA Ltda.
GALICIA 1428 Y MEDANOS - Tel. 40.45.30

"Fiesta de la Decena" realizada en la Escuela Nº 45, "Leonor Horticou", por los niños de los primeros años.

Graciela Isabel Caballero Fernández, que el pasado viernes cumplió tres años.

Tarzan®

por EDGAR RICE BURROUGHS

TARZÁN E ITO LLEGARON AL PIE DE LA ESCARPADA MONTAÑA. PORQUÉ EL BRUJO LES HABRÍA ADVERTIDO ACERCA DE ELLA? EL SEÑOR DE LA SELVA TRATABA DE INVESTIGARLO!

Nutre, vigoriza, fortalece.

TODDY

No tiene, ni puede tener similares

Vuelve la Primavera.!!

y Gracias a Ud.

ya cumplimos nuestras primeras cincuenta.
En las que vendrán, como siempre,
le brindaremos nuestra mejor atención
y mayor cordialidad.

50 AÑOS 1909-1959

CASA MATRIZ - Av. AGRACIADA 2302 esq. Marcelino Sosa
Tel. 20 09 61

SUC. GOES - Av. GRAL. FLORES 2341 esq. Marc. Berthelot
Tel. 2 42 00 - 2 43 00 - 2 44 00

SUC. CORDON - Av. 18 de JULIO 1601 esq. Carlos Roxlo
Tel. 40 41 11